

El candoroso secreto de una relación amorosa

Gilberto Urrutia

El amor es el don más divino y más importante con que Dios ha dotado al ser humano. Y como viene de Dios, es una realidad espiritual que llevamos dentro de nosotros, la cual nos inspira, nos eleva, nos llena de bellos pensamientos y sentimientos, nos hace capaces de amar y unirnos con potentes lazos invisibles. Como potencia que es, el amor nos induce a expresarlo exteriormente con ciertas conductas y comportamientos en nuestras relaciones amorosas.

Por ser el amor una fuerza mayor invisible que está fuera del control de la persona, siempre ha estado a lo largo de la historia rodeado de un indescifrable misterio, permaneciendo hasta la actualidad incomprensible e inaccesible a la razón humana.

Los antiguos romanos tratando de describirlo, en su mitología representaban esa fuerza desconocida del amor por medio de la figura de Cupido: un niño con alas y con los ojos vendados, armado con arco, aljaba y flechas.

Un niño, porque el amor es tierno, travieso, caprichoso, inmaduro, celoso y posesivo. Las alas, porque es volátil y pasajero. Los ojos vendados, porque el amor no ve los defectos e imperfecciones de la persona amada, sino que se fija en el alma y sus cualidades.

El arco y las flechas, porque el amor surge en la persona inesperadamente y de repente, como si fuera inyectado en el cuerpo desde afuera. Unas flechas de oro para infundirlo y otras de plomo para quitarlo.

Esa representación del amor con la figura de un niño, por parte de las civilizaciones de la Antigüedad hace ya miles de años, fue sin lugar a dudas muy acertada, puesto que la psicología moderna ha confirmado en sus estudios y observaciones una y otra vez, el eminente aspecto infantil de las manifestaciones del amor.

Hoy en día los psicólogos afirman, que durante la seducción, ambos sexos acostumbran a recurrir a conductas infantiles y al uso de diminutivos en el lenguaje como por ejemplo: *mi nenita bella te quiero muchito*.

El beso sexual, dicen que probablemente evolucionó a partir del intercambio de alimentos boca a boca, por lo que se interpreta que es una característica de tipo infantil incorporada al cortejo.

Los comportamientos infantiles sirven de apaciguadores porque aquietan los ánimos, por lo tanto, favorecen la unión de la pareja al atenuar las respuestas no sexuales.

El comportamiento infantil forma parte generalmente del repertorio natural de las mujeres. Ellas despliegan toda su sensualidad para atraer al varón y después lo tranquilizan mediante conductas infantiles como miradas tímidas, inclinación de la cabeza, etc. Para seducir, las mujeres hacen uso de la ingenuidad, la inocencia, la coquetería.

Compartir una risa infantil con la pareja, disfrutar la música, jugar como niños, entregarse al ocio, son justamente algunos de los placeres con que se deleitan los enamorados.

En el libro “el arte de la seducción” su autor Robert Greene, le dedica una sección completa a la importancia que tiene el espíritu infantil de las personas en la seducción en las parejas.

Según Greene, los seductores naturales son aquellas personas que de algún modo evitaron que la experiencia de ser adultos, las privara de ciertos rasgos infantiles en su personalidad. Esas personas pueden ser tan eficazmente seductoras como un

niño, porque todo lo natural e inocente ejerce un raro efecto de atracción en la gente.

Ellos han logrado conservar cualidades de su alma de niño. Los seductores naturales advierten pronto el valor de recuperar una cualidad infantil particular, y el poder de seducción que ésta contiene; adaptan y refuerzan los rasgos infantiles que lograron mantener, así como el niño aprende a actuar con su natural encanto.

Debido a que la influencia del amor sobre el ser humano era un misterio y a su condición sobrenatural, fue que surgieron los rituales esotéricos en las diferentes civilizaciones de todo el mundo y que son tan antiguos como nuestra presencia en la Tierra.

Quién no conoce o ha escuchado de los amarres de amor, los baños mágicos, amuletos y demás hierbas o sahumeros para atraer el amor y el éxito en las relaciones sentimentales?

Todo eso no es más que superstición y hechicería, que como creencia milenaria se ha enraizado en muchas sociedades, pero que sin embargo, no tiene ninguna utilidad para aquellos adeptos crédulos que usan las prácticas esotéricas, por ser sólo humos y olores, mientras que para aquellas personas que venden esos productos y servicios, sigue siendo el ocultismo un buen negocio.

Si los rituales esotéricos fueran realmente necesarios y efectivos para hacer una persona digna de ser amada y atractiva, los niños de todo el mundo tendrían que ser los primeros clientes y usuarios de todas esas prácticas ocultistas. Y sabemos muy bien que no es así.

El encanto natural, la gracia que irradian, la irresistible ternura y lo que hace a los niños ser amados por los demás está en su interioridad, en su forma de ser, en sus sentimientos, en sus actitudes, en sus pautas de conducta, es decir, en su alma. Para nosotros como adultos, el tiempo maravilloso de la infancia, la recordamos de vez en cuando con nostalgia, como un paraíso dorado en el que una vez vivimos y hasta como un divino tesoro que se nos fue, para nunca más volver.

Pero resulta que en realidad el tesoro de la niñez, todos los seres humanos sin excepción, lo tenemos siempre en nuestra personalidad en estado latente, no obstante, podemos ser capaces de activar las cualidades espirituales del niño que aún llevamos dentro, movidos por la inspiración del amor, cuando nos sentimos atraídos por alguien en una relación sentimental.

Como bien podemos deducir después de lo expuesto hasta aquí, también en el ámbito de las relaciones amorosas, el secreto está en hacernos pequeños como los niños, recurriendo a ese niño que una vez fuimos.

Por lo tanto, la búsqueda debemos hacerla en nuestra propia interioridad, en nuestra alma de niño.

Esforzémonos entonces en ser como los niños, y dejemos actuar la maravillosa fuerza del amor en nosotros, tal como ellos lo hacen.